



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: El porqué de la paz

Autor: Cappelletti, Vincenzo

Forma sugerida de citar: Cappelletti, V. (1996). El porqué de la paz. *Cuadernos Americanos*, 3(57), 232-241.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año X, núm. 57, (mayo-junio de 1996).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,  
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## EL PORQUÉ DE LA PAZ

Por *Vincenzo CAPPELLETTI*  
PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD  
EUROPEA DE CULTURA

**E**L PLACER DE ENCONTRARNOS, renovado en cada una de nuestras reuniones, se traduce en el obligado análisis de los temas y problemas que figuran en el orden del día.

De todas formas querría dirigir un fraternal saludo de bienvenida a todos los amigos presentes hoy, en Venecia, reunidos en este marco de belleza y prestigio incomparables que es la Fundación Giorgio Cini. Deseo saludar al presidente de la Fundación, Vittore Branca, que ha elevado los estudios de literatura italiana a un nivel de prestigio mundial, agradeciéndole su acogida en la sugestiva y señorial Isla de San Giorgio. Son pocos ya los espacios donde la cultura decide y delibera. Intereses diversos intentan tutelar las manifestaciones del espíritu humano y condicionar su libertad. Pero el espíritu encuentra en sí mismo toda la fuerza necesaria para hacer resonar su voz en la historia, también como colectividad. El consenso se une entonces al servicio de la verdad y procura a los intelectuales la profunda satisfacción de una reencontrada comunión humana. Esta comunión de ideas y propósitos que se ha forjado alrededor de Umberto Campagnolo con una dimensión prácticamente mundial, representa el regalo que la Sociedad Europea de Cultura hace a todos sus miembros. Hombres que piensan, y piensan anteponiendo la verdad al consenso, con nosotros ya no se sienten solos, y advierten que la cultura es una conciliación realizable entre soledad y sociabilidad, entre silencio y diálogo.

La asamblea de este año tiene que constatar el camino recorrido por una paz que no quiere tener la guerra como alternativa. Contemplamos, alegres y conmovidos, el cambio que se ha verificado en las relaciones entre Israel y los países árabes y la consolidación del Estado multirracial en Sudáfrica, deteniéndonos para manifestar, unidos, la esperanza de un próximo final en la tragedia que ha ensangrentado la otra orilla del Adriático. Hablaremos ampliamente

de todo ello porque, detrás de los grandes hechos, percibimos el grano de arena que representa nuestra acción y el rayo de luz que procede de la historia de nuestra Sociedad. De regreso —y me permito reiterar aquí un pensamiento expresado en Budapest—, repito, de regreso al divino que rige el futuro del mundo, absolutamente pleno en su identidad personal, Umberto Campagnolo vive los pasos de la paz como eco de las palabras lúcidas y responsables que pronunció en el tiempo y el espacio de su existencia terrenal. Así por lo menos lo sentimos los que leemos la historia del hombre con la perspectiva cristiana de la resurrección.

Pero la Asamblea tiene que escuchar también a un presidente que pasa cuentas de su trabajo y pone el destino de la Sociedad en manos de los órganos de decisión y al curso de los trámites a los que por norma debe ajustarse, como cualquier otra libre asociación de hombres libres. La vida es una sucesión continua de hechos de mayor o menor importancia, de circunstancias destinadas a permanecer y otras destinadas al olvido. Pero lo que es humilde, *événementiel*, como dicen nuestros colegas franceses, merece nuestra atención y despierta una reflexión que no carece de atractivo.

No imaginaba llegar a ser vicepresidente de la Sociedad en 1982 ni presidente en 1988. Como vicepresidente, he podido trabajar con el que ayer era un querido amigo y hoy un amigo fraterno y que era y es uno de los más importantes historiadores italianos, Giuseppe Galasso. Se ha tratado de una experiencia que me ha marcado el carácter y el comportamiento. Yo había sido nunca un sustituto y he llegado a comprender qué importante y enriquecedor es fijar una meta a alcanzar, más allá de los intereses personales. He aprendido la belleza moral de la lealtad, de la colaboración, de regalar algo que nos pertenecería y que llevaría nuestro nombre. He comprendido por otra vía el significado de la profunda dimensión de la existencia, que había afrontado en la investigación y tratado en mis lecciones en la Universidad. Me había encariñado tanto con mi papel de colaborador de un autorizado presidente como Giuseppe Galasso, que me esforcé por todos los medios en disuadirle de su decisión de dejar el cargo. Pero el amigo Galasso se estaba preparando para asumir responsabilidades políticas y su convicción ética le sugería poner fin a una experiencia mucho más que positiva para quienes trabajaban a su lado.

Así llegué a ser presidente, abrumado no sólo por el profetismo de Umberto Campagnolo sino también por las cualidades de mis antecesores. A pesar de ello yo no podía renunciar a poner mis car-

tas sobre la mesa. Para hacerlo, tenía que escogerlas. Y he preferido jugar dos. La primera, podría llamarla progreso hacia la concreción; la segunda, consolidación de la Sociedad en el seno de la nueva organización cultural, en Italia y Europa.

Para explicarles a ustedes lo que para mí representaba y representa el concepto concreción, utilizaré la siguiente fórmula: afrontar en modo creativo los problemas actuales, trabajando a partir de las intuiciones y afirmaciones fundamentales de Campagnolo. Evitar la simple repetición de lo que él ha dicho y que ya se ha consolidado, para dedicarnos, en su lugar, a aprovechar nuevas posibilidades y nuevos significados, que derivan de sus intuiciones. Es algo que hemos realizado todos juntos, renovando fuertemente el lenguaje, reencontrando más y mejor los valores que han conferido a la Sociedad Europea de Cultura un papel histórico entre los años cincuenta y sesenta. Como todas las intuiciones sustanciales, los valores de Campagnolo y los nuestros pueden enunciarse de muchas maneras y articularse en diferentes áreas de aplicación, permaneciendo idénticos a sí mismos. vuestras tesis de fondo son, como todos sabemos, la paz sin la guerra como alternativa, la cultura empeñada en comprender y construir la historia, el diálogo entre las grandes tradiciones y la responsabilidad del futuro que debe asumir la razón, superando el recinto del pequeño jardín donde la tentación la lleva a encerrarse.

Me parece, amigos míos, que el esfuerzo realizado para cumplir las aspiraciones que conividimos no ha sido en vano. Hemos empezado a recorrer las vías del mundo europeo, teniendo junto a nosotros a un invisible compañero de viaje: Umberto, al que me permito llamar, sólo por una vez, como a menudo lo recuerdan y lo nombran su esposa e hijos. En Moscú, Berlín, Praga, Budapest, Belgrado, Varsovia, Cracovia, Boston y en muchas ciudades italianas hemos hablado, discutido, expresado nuestra ética de la presencia en la historia. El estilo de la concreción nos ha abierto el camino para la consecución de la segunda finalidad, anteriormente segunda carta, y que he jugado, como presidente, en nombre de todos. Se ha verificado un enraizamiento más sólido de la Sociedad Europea de Cultura en Italia y en el extranjero, también porque los años de mi presidencia han tenido, por lo menos, un mérito sustancial: el de dar vida a una gestión colegial de la Sociedad, con la participación de Giuseppe Galasso, Arrigo Levi y Norberto Bobbio. Y aquí quiero subrayar, además de la colaboración del presidente honorario Norberto Bobbio que ha acompañado y sostenido la Sociedad en todo su recorrido, la colaboración excelente del querido

y apreciado amigo Arrigo Levi —nuestro primer vicepresidente—, una colaboración armoniosamente complementaria, de la que me precio, de nuevo, en esta ocasión. Hemos sido escuchados en las conferencias de las instituciones culturales italianas y acogidos en la Asociación que las reúne. La mayor institución cultural de nuestro país y quizá de Europa, la Enciclopedia Italiana, nos ha tendido la mano en un gesto fraternal, movida por antiguos vínculos personales —Umberto Campagnolo había sido discípulo de Aldo Ferrabino, presidente de la Enciclopedia— pero también de acuerdo con cuanto prevé la ley que regula el sector de la cultura. Este año, una vez más, la Enciclopedia está presente y desea no sólo darnos alguna cosa sino también manifestarnos su gratitud, ya que de nuestras reuniones han derivado numerosas ocasiones de presencia y desarrollo para sus programas culturales.

Sin embargo, nada habría sido posible sin una persona que ha sabido hacer coincidir el valor de afirmaciones profundas y proféticas, encontradas a lo largo de su existencia, con la total entrega de su alma y de sus fuerzas. Ustedes saben ya que me estoy refiriendo a nuestro secretario general internacional, Michelle Campagnolo-Bouvier, una persona incomparable a la que he visto adoptar más de una vez actitudes ejemplares que no me cansaré jamás de admirar y comprender. De uno de los más importantes investigadores de bioética, el vicepresidente Robert Nelson, recordaré en pocas palabras la oposición unánime ante la hipótesis de la clonación de seres humanos. Afortunadamente para la humanidad, se trata de un proyecto irrealizable a nivel práctico ya que nadie emplearía capital y recursos humanos en algo así, dado que, además, se tendría que saber cuál individuo valdría la pena reproducir en serie. Y eso sólo se puede saber después, con la experiencia. Sin embargo, en las instituciones de las que soy responsable, varias veces he pensado, como en ciencia-ficción, que la clonación de nuestro secretario general resolvería muchos de los problemas que tengo que afrontar. Aquella Navidad de 1989, cuando Michelle cargó en las barcas muebles, archivo y biblioteca para trasladar las oficinas de Santa Maria del Giglio a Le Zattere, es una página que todos deben conocer y que resume y simboliza el pasaje de la Sociedad de un punto a otro de su espacio ideal, del que he intentado hablar sintéticamente.

Aunque haya existido un fuerte progreso de la posición de nuestra Sociedad en los altos niveles de la vida cultural italiana e internacional, la política económica del Estado italiano podría obligarnos a un esfuerzo colectivo, de todos y cada uno de nosotros, para defender el balance y la eficiencia de nuestra estructura operativa. En

estas últimas semanas se han efectuado cortes indiscriminados en el gasto público y las instituciones culturales, ya que todas dependen casi exclusivamente de las subvenciones del Estado, podrían sufrir consecuencias especialmente negativas. Si existe un objeto de la vida cotidiana que no me gusta cambiar absolutamente, son las gafas que me permiten ver la vida en modo optimista. Pero, a este punto, corro y corremos el riesgo de tener que imitar a Galileo Galilei que pasó de las lentes —para él era el telescopio— a las gafas cuando se trató de observar no ya grandes estrellas lejanas sino seres vivos pequeños y próximos. El filósofo Hans Jonas, con una bella frase, dijo lo siguiente acerca de la responsabilidad: la clase de objetos que merecen la responsabilidad son cosas delicadas y frágiles. Nuestra Sociedad, a pesar de toda su energía potencial, pertenece a las entidades frágiles.

En los años de mi presidencia, hemos vivido en un mundo que ha cambiado a una velocidad excepcional. El bipolarismo entre los dos bloques, euroamericano y oriental, ya no existe y alguien, incautamente, ha hablado del final de la historia. Sólo un alto grado de ingenuidad ha podido inspirar tal afirmación. Ha sido formulada por un japonés que vive en Estados Unidos, que es lo mismo que decir débil tradicionalismo multiplicado por un pragmatismo miope. La historia no se ha interrumpido; simplemente ha seguido su curso en planos subyacentes, dibujando el perfil de las multinacionales, que serán las protagonistas de la historia futura. El sujeto americano ha reunido a Estados Unidos, Canadá y México. El sujeto europeo va hoy desde Helsinki a Viena, pasando por Atenas, Madrid y Londres. La Comunidad de los Estados Independientes tiende a querer restablecer, en su seno, relaciones más estrechas alrededor de la Federación Rusa. La China posee individualmente todas las características de un futuro sujeto histórico y lo mismo vale para la India. El Japón busca un espacio federativo propio en el Pacífico y aspira, al igual que Alemania, a dotarse de una consistente fuerza defensiva. Sólo encontramos unidad y unicidad entre los grandes gendarmes del mundo. Por el momento hay solamente una potencia hegemónica con fuerza de intervención y disuasión, los Estados Unidos de América, que se asocia, por lo menos en la fase de decisión, con los países europeos del Pacto Atlántico. La categoría metafísica que permite leer la historia es, una vez más, la individualidad y no la homogeneidad.

Pero cuando hablamos de individualidad, encontramos de nuevo la profecía de Campagnolo: el profeta superrealista, el hombre

de la síntesis racional cuyas últimas meditaciones me han inducido a calificarlo como "presocrático de nuestro tiempo". El mundo está más o menos asentado con las actuales fronteras políticas. Las fronteras cambian solamente porque se vuelven más permeables, más aptas a ser atravesadas en los dos sentidos y mejor dispuestas a unirse en una superfrontera que comprende un mayor número de Estados nacionales pero sin anularlos. Es verdad que todavía hay guerras, que existen resurgimientos nacionales y nacionalismos pero se trata de fenómenos marginales, destinados a ser reabsorbidos en el proyecto de consolidación de la paz alrededor de los grandes sujetos históricos, de las grandes patrias y de las naciones que intentan construir las. Existe, como decía el pasado mes de junio en Budapest, una nación europea, transestatal, que intenta construir Europa como patria. Para entender la dinámica de la historia y la lúcida intuición que ha tenido Campagnolo, vale la pena recordar una de las afirmaciones más bellas de Croce, en su *Storia d'Europa nel secolo decimonono*: las pequeñas patrias de ayer no serán olvidadas, sino más amadas en las grandes patrias del mañana. La guerra ha terminado con la constitución de las patrias y la atormentada pero incruenta génesis de las superpatrias que hemos recordado. Una vez más, la utopía de Umberto Campagnolo no ha sido ingenua; ha sido un ideal absolutamente concreto que ha apartado la guerra, es más, que ha decretado su final en el sentido que, en el contexto actual, es impensable. La guerra es un residuo del pasado, incluso en su forma fuerte e incisiva, porque existen residuos del pasado en la memoria de los hombres y no sólo en las cosas. El pasado fuera de nosotros simboliza el pasado de la memoria; el pasado fundamental. Freud lo intuyó así cuando se encontraba en Londres, en Charing Cross, donde una cruz recuerda el punto donde se paró el cortejo fúnebre que conducía a su última morada a la difunta esposa de un rey normando, pero que a él le sugería la existencia de análogas piedras miliarias de la psiquis inconsciente. El pasado del mundo a nuestro alrededor es un símbolo, a veces alegre, otras doloroso, de un pasado interior, que a su vez nos devuelve al misterio de nuestro origen.

Los numerosos sujetos de la historia existen ya y actúan y las prioridades establecidas al interior de sus fronteras prevalecen sobre las externas. Los Estados Unidos han intervenido concediendo a México un crédito en dólares que ha permitido al sujeto nacido de la unión aduanera en el área norteamericana superar la primera grave crisis. Con la suspensión de los acuerdos sobre los intereses

fijos de cambio, la Unión Europea ha realizado un gesto análogo hacia países con economías débiles como Italia, Suecia, España, Portugal e incluso Gran Bretaña. China e India restablecen su equilibrio económico jugando con la inflación. Mientras tanto Japón, que no tiene necesidad de ayuda exterior, se enfrenta estoicamente con la quiebra de grandes instituciones financieras, que han llevado sus inversiones más allá de los límites de la prudencia y de las fronteras geopolíticas. La Federación Rusa está ocupada en una lucha sin precedentes contra la destrucción criminal y en defensa de la cotización del rublo. Lo repito, los sujetos históricos se están constituyendo lentamente, bajo forma de entidades supernacionales, partiendo de la realidad de los Estados, con realismo y valor. Y una manera concreta de vivir la dimensión política de la cultura, para nosotros, es la de colaborar en la transición del mundo del hoy al mañana. El mañana presupone el hoy, y esto significa que los Estados con sus instituciones y tradiciones son momentos necesarios de la evolución histórica hacia un orden diverso, más centralizado, que compartimos porque también nuestra Sociedad ha aportado su contribución. Si queremos ser creadores de la novedad que verá la luz en el próximo milenio, tenemos que trabajar para la continuidad estructural de la historia. Es en la continuidad que consiste la racionalidad del proceso histórico, proceso aún a merced de la irracionalidad imprevista y destructiva. Vale la pena recordar que lo no racional en los hechos del mundo no es la nariz de Cleopatra o lo que pueda parecersele en otros tiempos o lugares, sino la acción imprevista y violenta, en la que puede que se exprese el atractivo que ejerce la muerte en el hombre a lo largo de los tiempos. Cuando la flota ateniense, de una Atenas postrada por la guerra contra Esparta, partió hacia la dórica Siracusa, el espíritu del historiador Tucídides descubrió el móvil irracional que se opone a la sabiduría y al interés objetivo en el alma. Fracturar los Estados o ponerlos en discusión, en lugar de empujarlos hacia lo que hemos llamado patrias mayores, es el peligro mayor que corre hoy el curso evolutivo del mundo y la consecución de una paz estable. La utopía que nos une no es solamente realismo total sino también perspicacia estratégica y, en último extremo, abnegación personal.

Miremos dentro de nosotros mismos y reflejémonos, amigos, cada uno en la mirada del otro. Desde la fundación de la Sociedad, es decir, durante cuarenta y cinco años, hemos sido, en Venecia, como una fuerza espiritual, un laboratorio de proyectos y un centro de animación que ha contribuido al resurgimiento cultural

y social de una ciudad única en el mundo. Decimos claramente a esta ciudad y a su Alcalde que nos estamos empeñando para que la ciudad de San Marco desempeñe de nuevo un papel cultural de primer orden y solicitamos figurar entre las instituciones que, por ello, obtendrán reconocimiento público y ayuda. Ahora volvamos al camino que hemos recorrido en un mundo que se preparaba a cancelar dos falsas superpatrias: Europa del Oeste y Europa del Este. Con pobreza y alegría, con humildad y con una vibrante fe en nuestra alma, siguiendo el sublime ejemplo de Francisco de Asís, hemos recorrido los itinerarios de la historia y los senderos de la vida. A diferencia de san Francisco, hemos participado en algunos deliciosos banquetes: como el de la Taberna de los Tres Reyes en Cracovia, decididamente memorable. Nos encontrábamos en Berlín, poco después de la caída del muro, y un día del mes de junio de 1990, a una cierta hora, prestando mi voz a Campagnolo, les invité a dirigir la mirada a la Universidad de los hermanos Humboldt, que de nuevo volvía a ser un centro espiritual de Europa en una ciudad predestinada: "eine Stadt des Schicksals", éstas fueron las palabras que usé. Y estuvimos en Moscú, poco después del fallido golpe de Estado de 1991, cantando en la Plaza Roja "Levántate inmenso país", para rendir homenaje a una extraordinaria civilización del espíritu, e inclinando la cabeza ante las tumbas conservadas en los antiguos monasterios, donde las fechas de nacimiento de los difuntos se remontan a los orígenes del mundo. Hemos estado diversas veces en Belgrado, antes y después de la tragedia de la Federación Yugoslava, y yo, personalmente, en Zagreb, la maravillosa ciudad donde aletea todavía el espíritu de Venecia y resuena un llamamiento original a la vida de la nación croata. Hemos estado en Praga, respirando el aire de la libertad propiciada por una primavera a la que, en aquel entonces, se había impedido florecer. Hemos estado en Varsovia y Cracovia y hemos rendido homenaje no sólo a Copérnico sino a todos los creadores de nuevas visiones del mundo. En Boston, preparando nuestro regreso a los Estados Unidos, y el pasado junio en Budapest, donde hemos podido hablar de perspectivas comunes pero también constatar el común sufrimiento.

El dolor es parte integrante de la vida y por consiguiente forma parte de la auténtica estructura de la historia. El símbolo temporáneo de Prometeo, encadenado a la roca del Cáucaso, donde un águila se nutría con su hígado, ha anticipado, en las vicisitudes intelectuales de la humanidad europea, al testimonio, no simbólico sino real, de Cristo, el "Christus patiens", antes de regresar a la gloria

del Padre. Créanme, amigos de Ucrania, cuando digo que el informe de sus dificultades y de las enfermedades difundidas entre sus niños ha desgarrado nuestra alma en los días que hemos transcurrido en las riberas del Danubio, mientras que su dignidad ha sido para nosotros una lección que recordaremos para siempre. Este dolor es el que ha continuado impregnando la vida después de Cristo, porque el mundo ha ido hacia adelante y, con él, el hombre compuesto de alma y cuerpo al bien y al mal, y un cuerpo formado por innumerables partes, virtualmente autónomas y excéntricas. Que nadie se sorprenda por el lenguaje teológico que aflora aquí y allá en las consideraciones que acabo de hacer. El fondo de la utopía es siempre escatológico y la utopía realista tiene que pasar a través de un estado de conciencia plena, que tiene el regusto de las cosas últimas y el valor de antinomias indelebiles.

Sin lugar a dudas, los recuerdos que he evocado no son los únicos que compartimos pero, ciertamente, son indicativos y decisivos. Por lo que se refiere al futuro de nuestra Sociedad, creo que será necesario que se fije de nuevo, y con renovadas fuerzas de decisión, la meta ambiciosa de la creatividad intelectual. Es precisamente la creatividad responsable lo que distingue una cultura que haga política, en el alto sentido de la *polis*, de la historia y del diálogo, de aquella de las almas bellas y de las mil y una filologías que creen bastarse a sí mismas.

En los próximos años todos trabajaremos para un fin, que creo poder definir como consolidación de la paz o, con otras palabras, la unificación pacífica de la tierra. Será un trabajo largo que, por lo menos, ocupará el primer siglo del próximo milenio y que necesitará inmensas cantidades de riqueza y la colaboración de todos los mayores sujetos históricos. Nosotros, que hemos contribuido a iniciarlo, no veremos el final, según la observación evangélica por la que la semilla depositada en el surco tiene que morir para convertirse en planta, flor y fruto. Y los hijos, y los hijos de los hijos, serán nuestros jueces: *Post fata nostra pueri qui nunc ludunt, nostri iudices erunt*, reza una máxima de la antigua sabiduría, predilecta de Goethe. Pero la conciencia anticipa esos tiempos que no veremos, y los percibe con la mirada del alma y se pregunta: ¿por qué querer una tierra unificada y pacífica? Sólo una respuesta parece plausible. El hombre intentará establecerse más allá de la tierra, llevando la vida y el milagro humano donde hoy existe sólo materia inorgánica. La base espacial *Freedom* —norteamericana, europea y rusa— dentro de pocos años será el primer enclave del hombre en el espacio. Es posible pensar, según los actuales axiomas de la física y

de la cosmología, que la Tierra, la vida y el hombre representan, con su complejidad físicoquímica, no la centralidad, inexistente e irrelevante, sino la finalidad misma por la que se ha formado un mundo tan antiguo y, por su antigüedad, tan grande y, como dicen los cosmólogos, metagaláctico. La evolución biológica podría ser el último estadio de la evolución cósmica. He hablado recientemente, en otra sede, de una ‘cosmología hipertolemaica’, a propósito de las perspectivas paradójales, pero teóricamente irrefutables, enunciadas por la ciencia más a la vanguardia, acerca del hombre no como punto privilegiado sino como *telos* del universo. Es verdad, hay mucho por hacer en el planeta: la lucha contra las enfermedades y el hambre, la protección de los ecosistemas y del diálogo en todo el horizonte de la razón. Pero quizás no es suficiente; la utopía realista de Campagnolo es un llamamiento hacia lo que constituye reto e ideal difícil para la conciencia. Si verdaderamente el universo, desde las galaxias más remotas al planeta Tierra, ha elegido al hombre como su finalidad, se puede pensar que éste se proponga poblarlo y humanizarlo, a cualquier precio y riesgo. Es una hipótesis, una luz cegadora que da sentido a lo que nosotros hemos hecho, lo repito otra vez, con humildad y alegría, en lugares y circunstancias donde las conciencias responsables siempre nos han acogido y escuchado.

Poniendo el cargo a su disposición, el presidente de la Sociedad Europea de Cultura agradece la amistad que le han demostrado y la iluminación interior que no hubiera podido conseguir sin el encuentro del mensaje de Campagnolo y sin la colaboración de ustedes.

*Traducción de Luisa Ibáñez Pelechá*